

COLOMBINA

Sí; apresúrate á disponer lo necesario.

ARLEQUÍN

Vamos á cuentas. ¿Qué piensas podrá resultarnos de estas andanzas?

COLOMBINA

¿Qué? Tratarnos unos días á cuerpo de rey, recibir agasajos y cortesías y servir con eso á quien ha de pagarnos con largueza.

ARLEQUÍN

¿Y te juzgas tentación digna de un Príncipe?

COLOMBINA

Mejor que de un farandulero como tú. ¿Qué atractivo me falta para competir con la más encumbrada belleza? La gala y compostura de sus arrumacos. A fe que ha de admirarte mi aire señorial cuando me veas aderezada como corresponde.

ARLEQUÍN

Y entre nosotros; si el Príncipe se mues-

tra caedizo á la tentación, ¿hasta dónde piensas llevar la burla?

COLOMBINA

Lo que hemos de hacer, ya que nuestra lealtad nos pone en pasos tan ocasionados, es sacar de ellos el mejor provecho.

ARLEQUÍN

¡Sí que eres boba! ¡Ay, Colombina! Dórame tan amarga píldora como verte en brazos de un Príncipe.

COLOMBINA

¡Calla, tonto, qué mayor honra nos podíamos ambicionar! Hacia aquí viene el embajador. Si el Príncipe, como hermano, se le parece, no me doleré de la aventura.

ARLEQUÍN

¿Dolerte? Los ojillos se te encandilan solo de imaginarla. ¡Ay, Colombina, dórame la píldora!

COLOMBINA

No rezongues, que andamos entre poderosos, y ha de haber para todos.

ARLEQUÍN

Eres mi único bien; pero si ellos se portan como nobles señores, no han de aventajarme en liberalidad. Para todos haya.

COLOMBINA

Esa es generosa determinación. (*Pasan Zafirino y Ganimedes del brazo.*)

ARLEQUÍN

¡El embajadorcito junto con Ganimedes!

COLOMBINA

¡Linda pareja! Los dos son como un oro.

ARLEQUÍN

La Corte rebosa de lindos mancebos.

COLOMBINA

Las damas se desviven por enamorarlos. (*Pasan varios pajes del príncipe Zafir, en amistosa conversación con los pajes de la Corte.*)

ARLEQUÍN

Pero ellos, unidos en amistosas parejas, no hacen aprecio de las damas. ¿No asistiremos esta noche á la fiesta?

COLOMBINA

Debemos partir antes.

ARLEQUÍN

Me agradaría ver la lluvia de fuego con que han de terminar las luminarias.

ESCENA XIII

GANIMEDES y ZAFIRINO

GANIMEDES

Estaréis fatigado, y la hora de la fiesta se aproxima. Si queréis descansar un momento...

ZAFIRINO

Podéis creer que si antes me quejaba de cansancio, olvidé la fatiga á vuestro lado. Tal virtud lleva en sí la poesía. Decid, si acaso recordáis, alguna otra canción. Pendiente me tenéis de vuestros labios.

GANIMEDES

No podréis hacerme creer que vuestra afición al arte de trovar no halle correspon-

dencia en las musas: tan pródidas son de sus dones, que en pago de menor afición que la vuestra, suelen otorgarlos.

ZAFIRINO

En mi alma solo á medias existe la facultad poética. Poseo un instrumento de dulcísima melodía; pero, inhábil la mano, no logra armonizar sus sonidos. Así no sé cómo expresar mi admiración por vuestro arte, que, cual eco dulcísimo, vuelve á mi corazón armonizados los acentos que de mi corazón brotaron discordes.

GANIMEDES

Aún sois muy niño. Vuestro espíritu revolotea inquieto, más curioso que interesado por cuanto le rodea. Vuestras sensaciones pasajeras, sin fijarse un punto en vuestro corazón, solo trazan en él la imagen borrosa de un recuerdo indiferente. Solo el amor fecunda al fundir en irresistible impulso potencias y sentidos. Solo con parte de nuestra vida podemos infundir vida. Por vuestro corazón de niño pasan fugaces sentimientos,

inconstantes deseos, sin que la flecha de oro del amor clave en él uno solo, fijándole allí con penetrante herida.

ZAFIRINO

¿Es entonces la vibración del aguzado dardo amoroso, clavado en vuestro pecho, lo que arranca de él tan dulces lamentos? ¿Y si yo me sintiera celoso del divino sujeto de vuestro amor?

GANIMEDES

¿Vos celoso?

ZAFIRINO

¿Lo extrañáis? Considerad mi calidad de embajador, y cómo aquí represento al Príncipe mi hermano. Por lo que á medias tengo de poeta, á medias tengo de adivino. Me ha bastado seguir la estela luminosa de vuestra poesía, y en unos lindos ojos afligidos hallar la luz de donde irradia para descubrir el astro esplendoroso que influye vuestros destinos.

GANIMEDES

Vuestra solicitud en el cargo que traéis á la Corte os hace antojadizo de sospechas. Ni

en alas de la poesía osé nunca elevar el deseo hasta mi noble señora la Princesa. Si alguna imputación en contrario habéis oído, tenedla por hablilla de cortesanos maliciosos; si os fué sugerida por sospecha propia, desechadla como celosa imaginación. Os basta vuestro gentil semblante para representar al Príncipe y mostrarnos por anticipado cuáles serán sus méritos si en vos se reflejan. No pretendáis suplantarle en sus celos, ó podrá creerse que aspiráis á suplantarle en su amor.

ZAFIRINO

Bien habéis demarcado los límites de mi cargo. No así la causa de mis celos.

GANIMEDES

Si no es que amais á la Princesa.

ZAFIRINO

¿A la Princesa? Creedlo y compadecedme. Si mi amor es imposible como el vuestro, no veáis en mí al competidor favorecido, sino á quien sufre por amar como vos y comprende vuestro sufrimiento. Estrecha amistad

deberá unirnos, mutuas confianzas serán el desahogo de nuestro corazón, en vez del llanto desesperado vertido en soledad, lloraremos juntos con más dulce llanto. Os lamentaréis con sentidas exclamaciones y esforzaré yo la expresión de mi tristeza por aliviar la vuestra. Nuestra amistad se alimentará de nuestro amor, y nuestro amor, en vez de consumirse en sí mismo, vivirá de nuestra amistad. Será la unión acendrada de dos almas que miran al cielo y allí unen sus miradas sin tocarse en la tierra. Me escucháis absorto.

GANIMEDES

Como quien pretende rasgar las sombras que envuelven un enigma.

ZAFIRINO

No intentéis penetrar su sentido con atormentar el pensamiento. Solo vuestro corazón os puede llevar á descifrar. Dejáos guiar de él.

GANIMEDES

Cada vez me ponéis en mayor confusión.

ZAFIRINO

A nadie hablé tan claro, á pesar mío. Baste añadir que no soy lo que parezco, y solo quien me ame por lo que parezco podrá comprender lo que soy. Por extrañas que os parezcan mis palabras no intentéis defenderos del afecto que hoy nace entre nosotros. Esta es mi mano, seamos amigos... y hablemos de nuestros amores.

MUTACIÓN

La biblioteca de Palacio: infinidad de libros.

ESCENA XIV

LESBIA y después ZARA

LESBIA

(Leyendo.) «Y aquel sueño de amor, con perennal recuerdo, subsistió en su alma. Nunca amó ni fué amada; pero un sueño de amor llenó su vida entera. Al repasar en fiel recuerdo nuestra existencia, todas las

lágrimas son para lo existido, todas las sonrisas para lo soñado. ¿Qué importa decir, amé, supe lo que era amor? Muerto el amor, pasó como un ensueño. Pero al despertar de un sueño hay algo más en nuestra vida, algo que no era y es. ¡Ni amé ni supe lo que era amar, pero soñé el amor!...» *(Queda pensativa.)*

ZARA

Todo Palacio anda buscándote. La hora de la fiesta es llegada, y aún no piensas en vestirte.

LESBIA

Déjame, por piedad.

ZARA

Pero, qué empeño... Pues, leyendo. Algún librote estrafalario. Embustes y balsamías que te pierden el juicio y nos le harán perder á todos. Vamos, no tardes. ¿Oyes? Comienza la música.

LESBIA

Vamos, sí; pero has de hacer antes una cosa por mí.

ZARA

Si no es alguna traza disparatada... Temiendo estoy no nos metas á todos en algún lance difícil y aún vengan por ti la perdición de dos reinos.

LESBIA

No, Zara. Me resigno con mi suerte. Algún hado propicio puso en mis manos este libro.

ZARA

Cuentos son de los que yo te refería cuaneras un mal arrapiezo.

LESBIA

Cuentos, sí, mentiras candorosas que en nuestra idea toman ser de verdad antes que la verdad misma. Ellos son el mejor recuerdo de nuestra infancia, como la infancia lo es de nuestra vida, luz rosada de aurora pronto abrumada con espesas nieblas. ¡Pobres cuentos! Al recordaros me parece abrir un resquicio en mi alma, por donde aquella luz de mi aurora penetra y se esparce y esclarece negruras en mi alma.

ZARA

(*Leyendo.*) ¡Cuento de primavera! A propósito viene el cuento.

LESBIA

¿No lo recuerdas? Érase una Princesa como yo destinada á unirse sin amor á quien no la amaba tampoco. Mas su hada protectora acudió compasiva y la dijo: Soy el hada protectora de los amores, y solo á los amores alcanza mi poder. El genio que gobierna los altos destinos ha dispuesto pacificar por tí dos poderosos reinos. En vano defendí tu corazón. El genio sonrió desdeñoso, y, entreabriendo á mis ojos el libro de sus inmutables designios, anonadó la pequeñez de mi súplica ante la grandeza de sus sabios decretos. Ni una línea podía alterarse en ellos, sin alterar al punto esta soberbia máquina de cielo y tierra. Te unirás sin amor á un Príncipe extranjero en tu reino como en tu corazón. No le amarás ni serás amada, pero sabrás lo que es amor. La víspera de tu boda es el día primero de primavera. Mediada la noche, reúne cuantas flores abiertas

aquel día puedas hallar y rodea con ellas tu lecho. Apenas dormida, un celestial mancebo, un niño casi, como tú virgen de cuerpo y alma, besará castamente tus labios. Dormido tu cuerpo, tu alma despertará entonces al amor, y al otro día, despierta, por siempre tu alma soñará con él.

ZARA

¿Y pretendes lo mismo?

LESBIA

Y tú has de ser el hada buena.

ZARA

¿Hada yo? En mi vida las ví ni de ellas entiendo. Deja locuras.

LESBIA

Yo sé que posees mil secretos de encantos y hechicerías, como casi todas las mujeres de tu raza.

ZARA

No porfíes.

LESBIA

¡Es tan fácil lo que pretendo! Rodea de flores mi lecho... Después...

ZARA

Después... ¿Donde está el filtro que produce esos dulces ensueños? ¿He de andarme á buscarlo hecha bruja caracera?

LESBIA

¿Filtro? No habla de filtros el cuento.

ZARA

Peor aún. Habla de lindos mancebos, y andarse á buscarlos ya es cosa peor que brujería y tiene peor nombre.

LESBIA

(Enojada.) Bien está. Si me niegas tu auxilio yo sabré hallarle. Para nada te necesito.

ZARA

¡Lesbia, hija mía! En verdad que andas desatinada. Vamos, no llores. Todo se hará como tú quieres. Tendrás las flores. No ha

de quedar por flores. ¿Pero y el lindo mancebrito? Lindos no faltan en la Corte; ¿pero y la particular circunstancia requerida?

LESBIA

Acaso Ganimedes...

ZARA

¿Ganimedes? De cuerpo podrá ser, pero de alma... Los poetas se dan cada hartazgo en su imaginación...

LESBIA

Entonces, discurre.

ZARA

Bien, déjalo á mi cargo y corre á vestirme.

EL REY

(*Dentro.*) Lesbia, hija mía... ¿Qué es de ti? Los invitados aguardan.

LESBIA

(*Sobresaltada.*) ¡Voy, voy! (*A Zara.*) Por cuanto quieras, no te olvides de mí.

MUTACIÓN

Los jardines de Palacio iluminados para la fiesta. Los cortesanos pasean ó forman animados grupos.

ESCENA XV

LESBIA, HEBE y ROSALINDA

LESBIA

¿Qué os parece de la fiesta, amigas mías? Creo no hallaros muy gozosas en ella.

HEBE

Y en nadie hallaréis satisfacción completa esta noche; que esta fiesta es la última que alegráis en la Corte con vuestra presencia.

ROSALINDA

Y su brillante esplendor no luce sino como empañado de nebulosa tristeza. En algún instante parece que los bullicios de músicas, voces y risas, se apagan cual si á todos acu-

diera de súbito la triste idea de vuestra partida.

HEBE

Ni aun vos, que tan feliz vais á ser, dejaréis de sentir melancolía esta noche.

ROSALINDA

Dulce melancolía que estremece el corazón. Amorosa caricia con que de vos se despide todo cuanto aquí os amó.

LESBIA

¡Y todo cuanto amé! No es lo que siento dulce melancolía, con que el alma se aparta siempre de los lugares donde algo de ella queda, aun cuando sean solo dolores y tristezas y al partirse le aguarden lugares más risueños y días venturosos; es hondo pesar que me destroza el alma.

HEBE

¡Hondo pesar! ¡Si vais á ser reina!

ROSALINDA

¡Esposa del Príncipe más encantador que puede soñarse!

HEBE

¡Quién fuera vos!

ROSALINDA

¡Quién trocara mi lugar por el vuestro!

LESBIA

¿Envidiáis mi suerte? ¡Vosotras que no debéis sujetar vuestro corazón á imposiciones del Estado! ¡Tú, amada del gentil Aricio; tú, del noble Leandro!

HEBE

¿Y creéis que Aricio perdería con parecerse al Príncipe?

ROSALINDA

Ni Leandro con igualarse á él.

LESBIA

Cuidad no os escuchen.

HEBE

¿No envidiarán ellos al Príncipe?

LESBIA

Afirmaría que no. Me disgusta que habléis de este modo. Con alma y vida trocaría mi lugar por el vuestro y vosotras ambicionáis el mío.

HEBE

¡Princesa!

ROSALINDA

¡Reina!...

HEBE

Esta tarde, oid qué extraño suceso: bajé al jardín á recoger las flores para mi tocado, y sentada á descansar en un banco apoderóse de mí un sueño profundo, influído del penetrante aroma de las flores, según pude observar por sus efectos. Figuráos que me ví Princesa de estos reinos, en vuestra misma figura, y esposa en lugar vuestro del príncipe Zafir.

LESBIA

¿Eso soñaste?

ROSALINDA

¿Creeréis que anoche fué ese mismo mi sueño?

HEBE

¡Es extraño!

ROSALINDA

Y he oído de varias doncellas de la Corte que han soñado como nosotras.

HEBE

¡Será cosa de maleficio!

ROSALINDA

Dicen que la primera luna de primavera influye de un modo extraño en las doncellas enamoradas.

LESBIA

Media noche ha pasado. Adiós, amigas; ni una palabra de lo que hablamos. A soñar, alma mía.

MUTACIÓN

Dormitorio de la princesa Lesbia. Descúbrese á ésta en su lecho, rodeada de flores.

ESCENA XVI

La PRINCESA, dormida, ZARA, ZAFIRINO y después el REY.—ZARA, trayendo de la mano á ZAFIRINO, entra sigilosa.

ZARA

¡Por favor, no hagáis ruido!

ZAFIRINO

¡Por favor, termine ya tan misteriosa aventura ó con aventura y misterio, y vos con ellos, daré luego al traste!

ZARA

Tened paciencia, que tocamos al desenlace. ¿Descubris un bulto sobre aquel lecho?

ZAFIRINO

Una mujer dormida, ó que simula estarlo con liviano propósito. Dejadme salir.

ZARA

Aguarde el mancebito, y no me juzgue mal tan de ligero.

ZAFIRINO

¿Quién es la dama?

ZARA

Nada os importa saberlo, pues que no habéis caído en ningún lazo amoroso. Acercáos.

ZAFIRINO

¡Vieja entrometida! Si eres instrumento de alguna traición, ¡ay de ti!

ZARA

Posad vuestros labios sobre los de esta hermosa.

ZAFIRINO

¿No es más de eso? (*La besa.*) Hecho está. (*Ruido de dentro.*)

ZARA

Salid ahora... Aguardad.

ZAFIRINO

¿Qué es esto? ¡Traición!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO